

# Santos históricos y moralistas sociales

## Discurso de recepción del Premio Nacional de Cultura 1995

Francisco Andrés Escobar

Preguntó un gurú a sus discípulos si sabrían decir cuándo acababa la noche y empezaba el día. Uno de ellos dijo: "Cuando ves a un animal a distancia y puedes distinguir si es una vaca o un caballo." "No", dijo el gurú. "Cuando miras un árbol a distancia y puedes distinguir si es un mango o un duraznero", afirmó otro. "Tampoco", dijo el gurú. "Está bien", dijeron los discípulos, "dinos cuándo es." "Cuando miras a un hombre al rostro y reconoces en él a tu hermano; cuando miras a la cara a una mujer y reconoces en ella a tu hermana. Si no eres capaz de esto, entonces, sea la hora que sea, aún es de noche".

*Anthony de Mello.*

*Amigos del pensamiento, la razón y la palabra:*

*Salir de la noche y abrazar la aurora, como reza el hermoso canto litúrgico —"En nombre de Dios padre, del Hijo y del Espíritu, salimos de la noche y estrenamos la aurora..."— viene siendo, desde hace tiempo, la gran utopía de los hombres y mujeres de buena voluntad. Cultivar en los seres humanos la sensibilidad para ver a un hermano en el otro, y en la otra a una hermana, ha sido la locura sublime de los santos y de los moralistas sociales de todos los siglos.*

*Los grandes santos de la historia —entendida la santidad no como un decreto canónico, sino como una tensión real del espíritu, la acción y la*

*palabra hacia la encarnación, en la vida y en el mundo, del bien, la verdad, la libertad y la justicia— empeñaron sus fuerzas y hasta sus sangres, en ocasiones derramadas por el martirio, en hacer que los ojos humanos pudieran verse entre ellos con los fulgores del amor que todo sana y salva, lejos de los velos oscuros de la indiferencia, el rencor o el odio, que todo enferman y matan.*

*Los grandes moralistas sociales, por su parte —entendida la moralidad no con la emasculación de las plenitudes del ser personal, sino como la formulación de imperativos categóricos profundamente inficionados de los principios éticos más altos para la conducción humanizada y civilizada de la vida social— también han dejado lo mejor de ellos mismos en la tarea de pulir y enderezar las aristas de una vida colectiva desordenada.*

*Los santos históricos y los moralistas sociales tienen en común la audacia para proponer lo impensable, la entrega persistente para acercar y hacer real lo imposible, y la paciencia activa para creer y esperar los frutos de lo probable. Comparten, también, su vocación de utopía, esa ilusión del alma que se apoya en la fe, certidumbre de lo invisible. En ese sentido, los santos históricos y los moralistas sociales caminan sobre ese terreno límbico por donde también transitan los grandes locos, los grandes místicos, los grandes creadores, los grandes iluminados, los grandes Cristos, en fin, de los días cotidianos.*

*El Salvador, con su historia social desordenada hasta límites demenciales a lo largo de su vida como país, con su historia colectiva signada por el mal, la mentira, el cautiverio y la injusticia, tiene ya sus santos históricos y sus moralistas sociales. Santos, no porque los vaivenes vaticanos les hayan conferido un lugar prominente en capillas, basílicas o catedrales. Moralistas, no porque hayan gastado la fuerza de sus días en aniquilar lo mejor que le viene al humano de sus fuerzas espirituales y carnales. No. Santos, porque la ilusión de una vida en común más digna y más alta guió sus horas; porque la tarea de labrar para el bien, la verdad, la libertad y la justicia un lugar preferencial en el entramado de la historia dio sentido a sus mayores acciones cotidianas; porque en la obsesión sublime de hermanar a los unos con los otros para heredar a los que vienen un mundo más justo y más noble, entregaron lo mejor de sus luces interiores y trasegaron los pálpitos de su sangre. Moralistas, porque la vida toda se les fue en la ineludible tarea de convertir el reino de los hombres al reino de Dios, centrando sus esfuerzos en el trabajo sobre las coordenadas de la historia, lugar donde Dios se manifiesta como voz o silencio en los humanos, lugar donde el humano va siendo cada día en Dios.*

*El Salvador, con su historia tremenda y dolorosa, tiene en don Alber-*

*to Masferrer, en Monseñor Romero y en el presbítero y doctor Ignacio Ellacuría, a sus tres santos históricos y moralistas sociales que, sin altares ni catecismos o instrumentos de tortura personal, viven desde su muerte, hablan desde su silencio, iluminan desde su sombra, recuerdan desde su olvido, por lo que una vez hicieron y dijeron —cuando era la vida—, para ordenar esta tierra tan dejada de la mano del orden, la palabra y la racionalidad.*

*Maestros, profetas y mártires los tres, Masferrer, Monseñor y Ellacuría refuglan en la cultura salvadoreña por la calidad de sus vidas y por las condiciones de sus muertes, explicables a la luz de lo que quisieron que el país fuera y a la luz de lo que una parte del país no quiso ser.*

*Masferrer es el mártir moral. A Masferrer no lo mató una bala durante el oficio sagrado, ni lo aniquiló una ráfaga en madrugada funesta. A Masferrer lo asesinaron la ceguera, la indiferencia y la inmisericordia de los poderosos frente a los poseedores de todo sufrimiento.*

*Se puede asesinar a un hombre moralmente. Masferrer murió no el día de su muerte pobre, sino el día cuando el candidato presidencial de su tiempo, después de haber sido confirmado en el poder por la Asamblea Nacional Legislativa de entonces, viró en sus propósitos, traicionó las esperanzas populares, hizo a un lado la plataforma social concebida y predicada por don Alberto Masferrer, y se acomodó a las condiciones hegemónicas que le permitieran salvaguardarse en el poder. Cuando a unos meses de haberse sentado en el solio presidencial el gobernante, Masferrer rompió con él y se marchó amargado a Guatemala, el maestro llevaba ya la muerte en el alma. Su plataforma vitalista —que le valió la persecución de quienes se empeñaron en verlo como un peligroso comunista, y el desprecio de quienes lo reputaron como un vulgar reformista— caía despedazada. El deslave social se venía encima, y todo aquello que el maestro hubiera querido evitar mediante el uso de la razón y la justicia en el manejo de la cuestión social del país, tomaba la velocidad y la fuerza de una repunta cuyo turbión mayor iban a ser los hechos violentísimos de 1932.*

*Ideólogo, maestro, utopista, profeta, moralista social, Masferrer vio sus días finales en medio de la pobreza y de la soledad cimera que habitualmente acompañan la finitud de todo hombre y de toda mujer fieles a sus ideales.*

*Monseñor Romero es mártir de sangre. Su corazón cayó fulminado, mientras hablaba con Dios en el oficio eucarístico. El también quiso ordenar el desorden de la vida nacional y convertir a la misericordia los corazones más duros. Su propósito era detener otro deslave, mediante el recurso de hacer valer la razón moral por encima de la razón económica, de la razón política y de la razón militar. Al igual que Masferrer,*

*sonó peligrosamente extremista para los intereses de unos, y extremadamente peligroso para los propósitos de otros. Puesto en el fuego cruzado, su sentencia de muerte le advino por su encontronazo directo contra todo poder, en elección radical a favor de quienes poco o nada tienen.*

*Del mismo modo como Masferrer se lanzó a las masas campesinas y obreras a hacerles saber sus derechos, y sistematizó su palabra en una obra ensayística y periodística que viene a constituir el primer pensamiento social articulado en El Salvador, Monseñor Romero inundó con su voz los cuatro costados de esta tierra, y legó una vasta obra homilética —doctrina teológica, análisis de realidad y visión profética—, en cuyo cuerpo los pobres, los débiles y las víctimas son los elegidos por el corazón del mártir.*

*Monseñor, al igual que el maestro de las Cartas a un obrero, El dinero maldito y el Minimum vital, prestó voz a los de abajo para que la oyeran los de arriba, puso palabras a las apretadas lágrimas, en una desesperada búsqueda de la consolación social, pero se encontró, como Masferrer, con la desolación, el rechazo, la tergiversación y, en su caso personal, con la inmolación martirial.*

*Ignacio Ellacuría, el gran rector, comparte con el insigne arzobispo el martirio de sangre, y con él, y con Masferrer, el desespero por hacer del país un lugar de esperanza. Su aniquilamiento —para siempre injustificable y doloroso, como el martirio de Monseñor— privó al país y al mundo de uno de los pensamientos más lúcidos y de una de las voces más valientes de la última mitad del siglo.*

*Para Ellacuría, como para Masferrer y Monseñor, se imponía el deber de colocar por encima de todo la realidad del país, porque sabía que es el único modo para acceder al país de la realidad. Se imponía, también, una acción salvífica operante en la historia, pues entendía, según su decir personal, que “la historia de la salvación pasa por la salvación en la historia”, y sabía con claridad que esta salvación histórica consiste en instalar —a través de los diversos modos y medios de cultivo de la realidad— el bien, en el lugar del mal; la verdad, en el lugar de la mentira; la libertad, en el lugar del cautiverio; la justicia, en el lugar de la injusticia.*

*En la tarea de hacer estas instalaciones desde el modo específicamente universitario que había elegido para su acción, y con el que impregnó el pensamiento y la acción de su universidad, a Ignacio Ellacuría se le fue lo mejor de su vida. La patética imagen del gran hombre caído besando las entrañas del suelo por el que optó, al que amó y sirvió, es aterradora y dolorosa; pero es al mismo tiempo, junto con la soledad pobre de Masferrer y el estampido agónico de Monseñor frente a su Dios, la rúbrica magnífica de una vida que trascendió los*

*límites de la propia piel y del propio yo, en el esfuerzo por indicar los límites de la noche y el día a través del imperio de la razón y la palabra.*

*Al morir en medio de los fragores de la madrugada artera, el gran rector legaba al país y al mundo una vasta obra histórica, filosófica y teológica a cuya vertiente debe remitirse todo pensamiento responsable.*

*Masferrer, Monseñor y Ellacuría perdieron la batalla del momento; pero la guerra en favor de una sociedad nacional y humana más libre por justa, y más justa por racional, la definieron a su favor como una victoria del espíritu.*

*A pesar de un olvido casi prescrito, a pesar de un ejercicio porfiado de la amnesia histórica, la palabra de los tres está allí, dando cuerpo a lo mejor del pensamiento, diagnóstico y pronóstico sobre la realidad salvadoreña. De ellos, con toda justicia, puede decirse:*

*Si la semilla vive, muere el fruto.  
Si muere la semilla, el fruto vive.  
Terrible paradoja que prescribe:  
para vivir, la muerte es el tributo.*

*Vive su día el ciego, lampo enjuto  
que su ronda en lo oscuro circunscribe,  
y del hondo pavor con que percibe  
se alza un lumen mayor que todo luto.*

*La noche es día que entregó su aliento.  
El día: noche en alba aniquilada.  
El agua: muertos frío, cielo o viento.*

*El hombre muere, y su ceniza alzada  
sobre todo el escombros del tormento:  
luz es, un día, en beatitud colmada.*

*A cinco años de terminar el siglo y el milenio, la sociedad salvadoreña, a través de algunas de sus individualidades e instituciones más lúcidas, empieza a dar visos de querer entrar en los años que vienen con cierto grado de responsabilidad y cierto grado de valentía. Podría decirse que está dando los primeros impulsos para una transfiguración nacional, de modo que el siglo y el milenio venideros no la encuentren tan avergonzada de ella misma frente a la talla de otras naciones civilizadas.*

*La sociedad salvadoreña ha empezado a modernizar sus instituciones, pero ese proceso no parece ir paralelo a la humanización de sus corazones. De seguir construyendo demencialmente hacia arriba la torre*

*fulgurante de la modernidad material, al margen de una paritaria elevación espiritual, la sociedad nacional y los que en ella son más responsables de su destino —porque tienen más, porque pueden más, porque saben más— corren el riesgo de caminar sobre los tiempos venideros con los bolsillos rebosantes y los corazones envilecidos.*

*De aquí la importancia de volver los ojos hacia nuestros santos históricos y hacia nuestros moralistas sociales: en ellos están los fundamentos para pensar correctamente y para actuar con eficacia sobre la sociodolida patria de todos. En Masferrer están las bases socio-pedagógicas, en Monseñor los fundamentos teológicos y en Ellacuría los marcos éticos, prácticos e históricos para construir con líneas fuertes un proyecto de país y un proyecto de conducción nacional, sin esperar los catecismos y manuales externos que, en la crisis actual de utopías, discurso y liderato, están tardando bastante en salir y en venir.*

*Masferrer, Monseñor y Ellacuría comparten, junto con figuras de la talla de un Gavidia, un Ambrogi, un Salarrué, una Claudia Lars, el carácter de cofundadores de una identidad cultural que ha de saberse heredera y conocedora del pasado, activa cultivante del presente, y prospectora utópica del futuro.*

*Si Gavidia, Ambrogi, Salarrué y Claudia establecen las bases de nuestra nacionalidad estética, Masferrer, Monseñor y Ellacuría ponen los fundamentos de nuestra nacionalidad ética. Los primeros nos acercan a la verdad, pasando por la belleza; los otros nos acercan a la justicia, pasando por la verdad.*

*Se trata entonces de salir a su encuentro, de mirarlos a los ojos, de saberlos hermanos, de saber que nos dan los medios y los modos para sabernos hermanos, y de poner a producir sus palabras —siempre actuales, siempre vivas y siempre válidas— en beneficio de una patria común necesitada de una transfiguración de su presente y su destino.*

*Lejos ya de los sesgos ideológicos —emasculaciones nefastas de la mente, cuyas sombras impiden el acceso a la luz interior de los otros—, es el momento de incorporarlos a la galería nacional de los altos cultivadores de la realidad salvadoreña, aunque tal incorporación deba pasar por la vivencia de una dolorosa verdad, que es siempre mayor y mejor que convivir con una placentera mentira.*

*La edición y difusión de sus obras; el establecimiento de cátedras universitarias sobre sus ideas; la consulta responsable de sus análisis, a la hora de tirar las grandes directrices de los programas de desarrollo social; la exégesis de sus palabras, a la hora de dar respuestas a las grandes necesidades de elevación espiritual; la implementación de sus éticas, a la hora de ejercer la difícil tarea de la conducción social,*



*deberían ser modos idóneos para llevar a estos pensadores —tan nacionales y tan universales a la vez— hasta la patria mayor frente a cuyas miserias decidieron alzar sus vidas y sus obras.*

*La gran tarea de transfiguración nacional —que necesariamente incluye la modernización racional de las estructuras materiales y la elevación impostergable de las estructuras morales y espirituales— requiere, hoy por hoy, riesgo, entrega y paciencia. Riesgo, para proponer soluciones inéditas a los grandes problemas de la vida y del espíritu; entrega, para desarrollar el esfuerzo imparable por cuya sola virtud toda utopía se convierte en realidad palmaria; y paciencia, para esperar el momento exacto y propicio de los frutos buscados, sin tratar de someter el tiempo histórico al tiempo biográfico, y sin olvidar la certeza de que “existe un tiempo propicio para cada propósito debajo del cielo”.*

*La gran lección de estas grandes virtudes la ofrecen estos santos históricos y moralistas sociales, el fruto de cuyas vidas apenas empieza a verdear en la campiña dorada de la patria y obliga, por lo tanto, a abonar el maizal para potenciar el color y el olor de una cosecha abundante y bendita. Eso sólo es posible por la transmutación de la capacidad de los ojos para discernir, por la fuerza del amor, entre el día y la noche. Eso sólo es posible cuando florece la rosa, como pide David Escobar Galindo —alta voz de la poesía conciliatoria contemporánea— en una sentida y entrañable invocación:*

*Dios te dé suavidad, tierra convulsa,  
ya que en la adversidad te dio corteza,  
y te mantuvo, entre el fragor, airosa.*

*Te otorgue Dios la compasión que endulza,  
para que, haciendo honor a tu entereza,  
en lava de volcán surja la rosa.*

*Hermanos y hermanas en nuestro principio original, en nuestro deambular sobre la historia, y en nuestro final destino:*

*Al agradecer a los buenos compañeros de trabajo su noble gesto de proponer mi labor educativa y mi creación literaria para esta presea; al expresar mi deferencia hacia el jurado que, en nombre del país, tuvo el trabajo de discernir este premio; al patentizar al señor Presidente de la República mi reconocimiento por asumir honrosamente su papel de intermediario entre el país que el premio otorga y mi persona, quiero expresar que acepto y recibo el Premio Nacional de Cultura 1995, en la rama de letras, profundamente identificado con cuatro vertientes en las que abrevaron y a las que dignificaron los tres ennoblecidos nombres*

*objeto de este discurso: una tradición literaria a la que admiro y respeto; unos principios humanos fundamentales de una creencia espiritual a la que adhiero; una universidad apasionada y apasionante a la que amo, y un país, necesitado de mucho y de muchos, al que pertenezco por espíritu y sangre, y al que vocacionalmente me debo.*

*Y aun a riesgo de que las últimas líneas de este discurso puedan resultar disidentes respecto de una sociedad que va optando con preferencia por una secularización a ultranza, quiero declarar que —al margen del poder, que tanto pervierte; del estatus, que tanto engaña; y del prestigio, que tanto confunde, circunstancias todas que obligan a los actos más desproporcionados y extraños—, si en cuanto escribo y enseño existe algo de bueno: la obra es de Dios; yo acaso sólo soy... un esforzado instrumento.*

